

La política de Frente Popular

Aprovecho el amplio margen de opiniones que permite «Tiempo de Historia» para entrar en la crítica del artículo de Eduardo Haro Tecglen, aparecido en el número 22, «El Frente Popular en Francia» ya que en él se hace una serie de reflexiones con las que estoy en general en desacuerdo por considerarlas erróneas. Creo que el tema, ya de por sí apasionante como historia, mantiene una candencia de primer orden por cuanto persiste como esquema de período histórico para los partidos comunistas y, en otro sentido, para maoístas y socialistas de izquierdas.

En primer lugar, creo que vale la pena señalar antecedentes. El primero de ellos se remonta al período de ascenso revolucionario de la burguesía, según el historiador George Lefèvre, la política jacobina —que podemos hacer extensiva a la de los puritanos de Cromwell siguiendo los análisis de Christopher Hill— viene a ser una política de «frente popular», es decir, de unión de burgueses, campesinos, artesanos y trabajadores bajo el programa democrático radical. Sin embargo, con la experiencia de los niveladores ingleses y los igualitarios franceses vemos cómo la burguesía no duda en romper este frente y retroceder hacia un pacto con la Restauración y establecer con ello otro «compromiso histórico». El segundo, es de la revolución europea de 1848 —cuyos rasgos generales son comunes a los de la revolución de 1830—, en la que las revoluciones democráticas y nacionales se hacen bajo otro «frente popular». Sin embargo, ya en este caso algo ha cambiado: el papel de la burguesía lo juega su «sombra», es decir los estudiantes y los intelectuales, y el peso determinante y los mismos métodos de lucha los impone el «cuarto Esta-

do». Como dice Marx, la burguesía se vuelve «contra sus propios dioses», pues el período en que era una clase ascendente es sucedido por otro, en el que la burguesía ya no quiere hacer «su» revolución, mientras que el proletariado aún no es capaz de hacer la «suya». El desastre de 1848, las matanzas llevadas a cabo por Cavainag se asemejan como una gota de agua a otra, a las que suceden a todas las experiencias frente-populistas posteriores.

La política de Frente Popular tiene sus mentores, bajo otros términos, en los mencheviques rusos y en particular en Plejanov. Se fundamenta en la consideración de que para llegar al socialismo del futuro es necesaria una «primera etapa» democrático-burguesa dividida radicalmente de toda inspiración socialista, en la que la burguesía, o sea el Gobierno Provisional de 1917, ha de tener la hegemonía con el apoyo de los obreros. A pesar de que ésta era la promesa mayoritaria del socialismo ruso —comprendidos los bolcheviques antes del retorno de Lenin—, no deja de desencadenar la «kornilonitchina» con el apoyo del partido cadete. Para Lenin, esta política no «comprende la dialéctica revolucionaria», que muestra cómo la burguesía se muestra incapaz de llevar a cabo la paz —no puede romper con el imperialismo—; la reforma agraria —no puede romper con los terratenientes—; y la salud económica —no puede entrar en nacionalizaciones—; el derecho de autodeterminación para las nacionalidades. Acusa a los mencheviques de ser tan cobardes que ni siquiera son capaces «de romper con la burguesía». De hecho, toda la crítica socialdemócrata a Octubre se fundamenta sobre este punto. En los casos donde la revolución encumbró a



Todo un símbolo del Frente Popular francés: a hombros de su padre, una niña efectúa el saludo marxista. (Foto publicada con el artículo al que se contesta en el texto adjunto).

los socialistas, como en la de 1918 en Alemania, éstos se mostraron fieles a estas premisas en un país donde no se podía pretextar un subdesarrollo industrial. Según el historiador y periodista Gerard Sandoz —proclive a Bernstein, que por cierto celebró la muerte de Rosa Luxemburgo que inauguró la escalada nazi—, «los poderosos a cuyo socorro apeló inmediatamente la socialdemocracia para matar a la extrema izquierda, sólo concebían una colaboración con la socialdemocracia con el único fin evidente, y mil veces confesado, de abatirla a su vez». De hecho, la socialdemocracia ya había empezado, de forma estable, a considerar el socialismo como algo resultante de la misma evolución del capitalismo y a establecer su programa real en la conquista de mejoras y reformas en el sistema, táctica probada hasta 1914, pero en contra de un nuevo período histórico de opción entre el socialismo o la barbarie. La socialdemocracia ha devenido uno de los puntales «naturales» del mismo sistema.

En la Internacional Comunista

aparece la política de Frente Popular en la política llamada de los «cuatro bloques» en China: El PCCh tenía que entrar como componente de un frente dirigido por la burguesía «nacional», que junto con los campesinos, la pequeña burguesía y el proletariado cubriría una «primera etapa» democrático-nacional, en la cual la clase obrera sería el «coholi» de la burguesía, según Borodin, y el objetivo principal estaba complementado con la alianza con la URSS, para lo cual se nombra a Chiang Kai Check «miembro honorario» de la Internacional. El PCCh se sometería al Kuomintang,... hasta que éste, tanto por su derecha como por su izquierda, no dudó en seguir la tradición de Cavainag, Kornilov, etc. El desastre de 1927 también se parece como una gota de agua al de 1848, en el que Lenin responsabilizaba a Blanc y Albert por desarmar a la clase obrera manteniéndola en la confianza a la burguesía «liberal». El teórico que luego desarrollaría este esquema sería Lukacs en las llamadas «tesis de Blum», que hacían una crítica a la política de «social fascismo» —la otra cara del esquema general stalinista—. Lukacs veía que el fascismo creaba unas condiciones en las que era posible una unión de la «democracia revolucionaria», o sea, de un bloque popular dirigido por los jacobinos con el apoyo de Babeuf, o sea, los comunistas.

Quien estabiliza al fin esta política es el VII Congreso —y último— de la IIIª Internacional. La política del «tercer período» —según la terminología de Bujarin, que distinguía entre el período de 1917-1923, de crisis; y el de 1923-1928, de estabilidad relativa del imperialismo—, que señalaba a la socialdemocracia como el principal obstáculo para la revolución —tesis que todos los grupos maoístas han utilizado en su período original—, era pues la «hermana gemela» del fascismo.

Esta política fue la principal responsable del desastre alemán: Hitler pudo atravesar el muro obrero partido en dos gracias a la política staliniana y socialdemócrata —éstos se limitaron a tirar del faldón de la burguesía «menos mala»—. El VII Congreso

empezaba rectificando su política con los socialistas y llamaba a un frente único por arriba y por abajo, pero se prolongaba en la idea de ganar a la «pequeña burguesía» y a todos los progresistas burgueses a la «democracia», pues la opción del período pasó a ser entre democracia o fascismo, como en 1798 era entre democracia y absolutismo.

Esta política escamoteaba por lo menos tres cuestiones fundamentales, a saber:

1.º Que la crisis de 1929 era una crisis general del sistema capitalista, cada vez más en contradicción entre sí y frente a las masas, no tenía nada que ver, sino más bien era un período opuesto al de la época de Robespierre en el que la burguesía tenía todo por hacer y todo por ganar.

2.º Que el fascismo no era un «quiste» en la sociedad capitalista, no eran las doscientas familias, la minoría oligárquica o las extremas derechas, sino una opción política burguesa nacional —de limpieza del patio, para sobreacumular capital— e internacional —para establecer una correlación de fuerzas frente al imperialismo «liberal» que gozaba de un mayor margen de beneficio y tranquilidad social—.

3.º Que el programa político de los jacobinos y la naturaleza de

este partido no tenía nada que ver con los radicales o los republicanos. El programa político de los jacobinos no tenía limitaciones ni constitucionales ni en cuanto a reformas democráticas; al contrario que los «liberales» del momento, que se contraponían a desarmar a la reacción, a las reformas de estructuras, a la libertad de las colonias, etc. Estos partidos si bien podían tener un apoyo electoral pequeño burgués, eran partidos de la gran burguesía, pues bajo el imperialismo se acabó el reino de la libre competencia.

La política de Frente Popular obedecía además y sobre todo, a los intereses de la política exterior soviética, de sus planes de jugar con las contradicciones del imperialismo, pues había renunciado a luchar contra él: «La revolución mundial era una broma», decía Stalin. Prueba fehaciente de ello es el desagrado con que recibe las crisis sociales que rodean el pacto del orden. Las masas leían la letra del Frente Popular con un punto cardinal opuesto al de sus direcciones y éstas se vieron obligadas a cabalgar el tigre. Lo cierto es que, navegando entre dos aguas, entre el pacto burgués-stalinista y el movimiento de masas que creaba las condiciones de una dualidad de poderes, los Frentes Populares de España y Francia terminaron abriendo las puertas a



Alegría en las fábricas parisiñas durante la huelga desencadenada en junio de 1936. (Foto publicada con el artículo al que se contesta en el texto adjunto).